

COLECCION LITERARIA

Su poesía y él

ESTE de Arévalo Martínez es un caso, en la vida literaria de América, en el que no se puede separar la poesía del poeta. La poesía es el hombre, y el hombre es la poesía. Es una poesía casi deslitteraturizada. Y es una existencia casi no vivida, o, más bien dicho, vivida sonambúlicamente, con el sonambulismo de una vida de niño.

Por eso le tengo tanto afecto. Por eso le quiero con cariño de hermano. Le quiero por su apego amoroso, por su espalda imprecavida, siempre a merced de los rasguños, por su inocencia cargada de años y de hijos, por su acurrucamiento en los regazos de cada amistad nueva, por su casi voluptuosidad en el cariño, que le hace encorvarse como gata bajo la mano suave de un elogio mimoso o de una fúlgida querencia.

Su poesía es así: como es su vida. En su vida, los actos ordinarios se clarifican en bondad. En su poesía, se clarifican en belleza, que es otra forma de bondad. Por eso, en su poesía, no hay acto malo, ni hay acto insignificante, ni vulgar, ni grosero. Sólo hay acto poético. Todas esas impurezas vividas, al pasar por el crisol de su lira, se le convierten en purezas rimadas.

El vive como canta, y canta como vive: con sencillez de pájaro.

¿Habéis visto un ojo de agua corriendo suave sobre guijas redondas y pulidas? . . . Pues así.

¿Habéis contemplado cómo se abren las flores de los prados bajo el beso del alba? . . . Pues así.

¿Habéis escuchado cómo pía, en el hueco de algún árbol, en ensayo de trino, un pajarito acabado de nacer? . . . Pues así.

Pues así es su poesía. Agua que corre, capullo que se abre, buche que suelta su gracia musical. Cosa de Dios, casi sin tizne de hombre. Cosa natural, fresca de espontaneidad, sin artificio,

sin sutilezas rebuscadas, sin atenuaciones calculadas. Por eso, al leer un verso suyo, quienes tienen alma virgen de todo apego artificioso, cogen ese verso con mimo, sienten el deseo de acercárselo al pecho o de aspirarlo: algo como lo que se siente cuando se está cerca de un recién nacido. Es una poesía de candorosa y ropa limpia.

Le besé la mano y olía a jabón:
yo llevé la mía contra el corazón.

Le besé la mano breve y delicada,
y la boca mía quedó perfumada.

Muchachita limpia, quien a ti se atreva,
que como tus manos huele a ropa nueva.

Besé sus cabellos de crencha ondulada:
¡si también olían a ropa lavada!

¿A qué linfa llevas tu cuerpo y tu ropa?
¿En qué fuente pura te lavas la cara?

Muchachita limpia, si eres una copa
llena de agua clara!

Y en la suave exquisitez de ese poema está el espejo de lo que es su poesía. Ella huele a ropa limpia, a pañal infantil, a cosa pura. Mas no vayáis a suponer que su candor quiera decir simpleza. Por el contrario, en todos los versos del poeta surge la rara mezcla de algo muy natural, pero a la vez muy complicado y muy sutil. Sabed mirar una pupila de niño: un cristal de inocencia reflejando infinito . . . Pues así.

Porque Arévalo y el alma de Arévalo es en cada cosa un niño. Mira como niño, teme como niño, pide caricias como niño. Y aun piensa a veces como niño. Pero —y ahí está lo raro— entre la infantilidad casi inconsciente, parpadea la sabiduría y fluye el agua en que tremula la luna del lejano misterio . . . Un sér de niño con un espíritu de Eternidad. Una ancianidad de milenios en un corazón recién nacido.

Dos hijos; mi esposa
—que tiene el criterio
de una mariposa—;
y ebrio de misterio,

ciego de cariños,
yo, que marchó en pos:
somos cuatro niños
sin madre, buen Dios!

Yo vivo con modos
tan hechos de sueño,
que acaso de todos
soy el más pequeño.

Somos cuatro armiños
que van sin pastor.
Somos cuatro niños
huérfanos, Señor!

Y así como es él, es su vida; y así como es su vida, es su poesía.

Y como él es puro de alma; y como su vida es pura de intención, limpia de odio, encendida en amor, sin pliegues de reserva, toda ella abierta al sol, su poesía también es algo puro, de quintaesencia de pureza. Poesía pura. Mas no poesía pura en el sentido que a esa frase le asigna Valéry y a que alude mi querido González Martínez, que es una pureza de exclusivismo artístico, sino, por el contrario, en el sentido de una pureza que suprime casi toda preocupación de forma, en la que el verso surge sin nada artificioso, sin esnobismos literarios, sin atención a escuelas, sin ansias de épatar al burgués, sin búsquedas de cosas raras, sin manufacturas especiales; que surge con apariencias de descuido, como salida del soplo universal: como sale la estrella matutina de la fronda celeste, húmeda de luz de amanecida, fresca de eternidad.

Los intelectuales pueden reírse de él; porque el intelecto sólo mira hacia abajo, y no sabe deletrear las auroras. El poeta ignora, cuando teje una estrofa, si aquello es nuevo o viejo. El se abre el alma, que está conectada con la Vida, y echa la Vida sobre el verso; y el verso entonces es Vida: Eternidad. Y la Eternidad no es antigua ni moderna: Es.

* * *

Os digo que la poesía de Arévalo es Arévalo. El nada sabe de lo que nosotros llamamos naturaleza exterior. Es una lira que suena con todos los vientos de la Vida. Por eso, cuando él quiere salirse de la expresión espontánea de su propio sér; cuando él busca expresar conocimiento, o habla de cosa externa, o procura encenderse en entusiasmo ocasional; cuando él, saliendo de él, se acuerda de que hay que pensar y decidir, esto es, de que es indispensable existir, su poesía se opaca, pierde el sabor jugoso, porque, dejando de ser efluvio eterno, se hace cosa de libro, seca abstracción, filosofía, razonamiento, patriotismo, vida condicionada.

... A ratos, sin embargo, parece que el misticismo de Arévalo se ensancha tanto, que llega a penetrar en los recintos de lo ÚNICO; que deja de ser dualidad y relatividad. Piensa una vez en

San Francisco de Asís, el divino
 San Francisco de Asís, su camino
 caminaba con paso seguro.
 San Francisco sentía que el muro
 también tiene un espíritu oscuro.

Y al pasar por la calle vacía
 de los pobres hermanos menores,
 se apretaba a la piedra sombría
 y cantaba su canto de amores.

Y ese canto, que es en ese momento el canto de Arévalo Martínez, proclama unciosamente la Suprema Unidad, y afirma que todo cuanto vemos

Y la ortiga y el cardo
 y el espíritu cruel del leopardo
 que empurpura de sangre su túnica
 y aquella alma que anima las breñas
 son pedazos no más de un Alma Unica
 que está toda en las cosas pequeñas.

Otras veces, parece que comprende como un iluminado, y que sabe que la ilusión externa de las cosas es la que forma nuestra cárcel terrena; y exclama pidiendo a su memoria que ya no siga construyendo imágenes, y a su mente que ya no piense sino en El, esto es, en lo ÚNICO. Y entonces el tono de los versos reproduce los ecos de San Juan de la Cruz.

No quiero, entendimiento,
 que entiendas más que de El, que es tu alimento.

No construyas, memoria,
 más imágenes ya de esta ilusoria
 vida, porque construyes en el viento.

Otras, siente en su sér la Unidad plena, la Absoluta, la que no admite tú ni yo, ni tiempo, ni espacio, ni causa, ni efecto, ni bien, ni mal. Y, entonces, ama "a los corderos", pero también "a los lobos que se comen a los corderos"; y siente "el dolor del burlado", pero también "la alegría del que se mofa"; porque, en esos instantes, sabe que las carnes comidas y los colmillos que laceran y el dolor del burlado y el goce del burlador, no son sino expresiones del Algo Único a través de nuestra conciencia imaginal: que en el burlado se halla el burlador, y en los maxilares del lobo la carne manida del cordero. Y, entonces, en una total liberación, quizás sentida, más que comprendida, declara al fin: "Yo

ya no vivo: ¡he muerto! ¡Alguien vive por mí!" Es el Yo que en ese momento ha muerto en él! ¡Es la separatividad que fenece! ¡Es la ilusión que se deshace! ¡Alguien vive por él! ¡Y ese Alguien es lo ÚNICO: el Algo en que ya no hay ni mal ni bien, ni fiel que adora ni Deidad adorada, porque todos los números se reabsorbieron en el UNO!

Pero ¡ay! que ese estado final, esa liberación, esa absoluta comprensión, esa total superhombría, dura un instante apenas: y el poeta torna a ser el místico de antes, el teresiano dolorido, que cree en el mal y en el infierno, que abomina su carne, que se horroriza de sí propio, que, entre la cárcel ilusoria, siente sed tanta de su Dios infinito, que, como la otra, muere porque no muere; pero que, al mismo tiempo, distinto de la otra, tiene horror de morir; y que se adhiere a la vida como un náufrago que se ahoga; y que hasta a ratos saborea el pecado como una confitura maligna que en doble forma lo fascina y lo intimida.

Santa Teresa se dolía de sus muchos pecados, de sus escrúpulos nerviosos, trocados por ella en liviandades; y Arévalo Martínez se siente, como ella,

Irremediablemente loco
y malo y lleno de vileza.

Y, dirigiendo su plegaria a su Dios, a su Señor aparte, dícele con desconsuelo:

¡Malas bestias somos, Señor! ¡Qué nos cuesta
marchar por la senda de acuerdo con Vos!
Sobre cuatro patas parece que vamos
y no merecemos marchar sobre dos.

Y en la exquisita poesía "Navidad", en que florece, sobre una ingenua rama eglógica, la Rosa Mística de tallo profundo, mezcla el poeta las infinitas ansias de unirse al Cristo Redentor, que son propias del castellano misticismo, con el concepto del Cristo Único, culminación y trascendencia de todo misticismo: del Cristo que no reside fuera de ninguna conciencia, sino que se halla, como el Supremo Arquetipo de la Suprema Única Flor, en la simiente de nuestro Corazón.

Allí, en ese leve poema, reside todo un mundo humano y divino: el asco de sí mismo, de su establo corpóreo; la aspiración a ser lavado por manos del Señor; y, en medio de todo eso que no pasa de los trigales de lo ilusorio y relativo, la visión instantánea de la Celeste Realidad: ¡el Cristo de lo ÚNICO!

Oídlo:

Pastores lo han visto.
Ha nacido ya.
¿En mi alma el Cristo
cuándo nacerá?

Mi alma tiene fiebre,
sombra mi razón,
y peor que un pesebre
es mi corazón.

Pesebre sin techo
lo vió descender;
y sólo en mi pecho
no quiere nacer.

Tocan las campanas
sus sonoras dianas,
su alegre din dan.
Males capitales
son los animales
que en mi pecho están.

Si lo limpias de una
lepra de razón,
como abierta cuna
es mi corazón.

Cristo, dolorida,
manos suplicantes
te hacen oración.
¡No tomes mi vida
sin que nazcas antes
en mi corazón!

Ya lo veis: todo. Todo Arévalo, todo el misticismo de Arévalo, y toda la liberación que ya alborea dentro del alma sacudida de Arévalo, se encierra en ese poema, menudo y fresco como una rama de égloga, pero de hondos, infinitos alcances. Lo humano y lo divino. Lo esotérico y lo trascendente.

El Cristo externo, histórico o legendario, a quien visitaron al nacer los pastores y que vió la luz en un pesebre; las campanas que tocan y que recuerdan al devoto los días de la Semana Santa; las manos suplicantes que rezan pidiéndole al Señor; la razón que enturbia el alma con su lepra; los pecados capitales que como bichos se enroscan en el pecho; el dolor, la ansiedad, la duda, el asco de sí mismo . . . ¡lo humano, que cae bajo la cruz, escarnecido y acardenalado, goteando la sangre y paladeando hieles! . . . Pero

también se asoma lo Divino, cuando surge a lo lejos la visión liberadora, la que nos abre las puertas de la cárcel del yo, la que nos grita: "¡La cruz es la ilusión! El madero y el látigo y la espina me las fabrica el miedo! El Cristo sufre cuando el Cristo es un hombre; pero el Cristo se anega de ventura cuando, deshecho el hombre, el radioso DIOS ÚNICO, nace en mi Corazón!"

SANTIAGO ARGÜELLO

